



EL ECO DE CARTAGENA

Decano de la Prensa de la Provincia

¡NUESTROS ABONADOS!

Por haber sufrido avería la máquina donde se imprime nuestro periódico, nos vemos hoy obligados a reducir su tamaño por tener que imprimirlo en otra de platinga más reducida.

Cuando esté en condiciones dicha máquina, que será dentro de dos días, volveremos a publicar en su tamaño ordinario, rogando a nuestros abonados nos disculpe esta circunstancia.

EL HAMBRE

En anteriores artículos hemos demostrado, coincidiendo con las informaciones periodísticas y con las noticias de origen particular procedentes del norte de Marruecos, las censurables imprevisiones gubernamentales y de la alta dirección militar por virtud de las cuales la guerra africana delata por parte nuestra, y en el aspecto militar, una culpable falta de preparación que agrava enormemente y hace dolorosísimo para España el problema planteado a la otra orilla del Estrecho. Hablando de la Nación muchas centenas de millones desde que comenzó la fase viva del conflicto hasta la fecha, habiéndose dispuesto de recursos sobrantes para que nuestra intervención en la zona septentrional mogrebina se efectuara ordenada y eficazmente, toda ha tenido que realizarse atropelladamente, desconcertadamente en medio de una falta de plan y de elementos que verdaderamente indigna a los hombres de guerra, vestuario, organización sanitaria, fuerzas especialmente reclutadas para una campaña colonial, todo eso ha dado ocasión, con su inhábil manejo y con su celeridad, para las críticas más justas y más acerbas. Pero todavía hay otra muestra de abandono y de incuria que pone un oprobioso y en la frente de los responsables de semejantes desquiciamientos, el hambre, que bate sus negras alas sobre los lugares donde nuestras abnegadas y valientes tropas vierten prodigamente su sangre por el honor de España.

Según se deduce de relatos periodísticos y de otros informes que corren de labio en labio y que nadie ha rectificado, en las comarcas donde se desarrollan las operaciones se ha triplicado o cuadruplicado el precio de los artículos alimenticios, con lo cual se ha hecho difícilísima la vida, no ya de nuestras fuerzas combatientes, a cuya subsistencia tiene obligación de atender el Estado, cualquiera que sea la colización de los géneros de que ha de nutrirse, sino de la población civil, que no tiene derecho a ese pupillage, pero sí el de ser prudentemente protegida y el de no sufrir las consecuencias de los errores y la incapacidad de los de arriba. Pero estos errores y esta incapacidad dan lugar a que los españoles del orden civil residentes en Tetuán y en Ceuta arrastren una existencia misérrima y a que los funcionarios paísaos que cruzaron el mar alegremente con el aumento de un 50 por 100 sobre su sueldo se encuentren con que están allí en gran estrechez y penuria, y no en

la holgura que soñaban y en que realmente debieran hallarse.

Mas, las mismas tropas, acaso no padecen, amén de otras mil privaciones, del hambre que aqueja a la población civil? Si, son víctimas de un hambre igual, si no mayor. Ya han hablado los correspondientes de los periódicos de jefes y oficiales que, al llegar a una posición, han tenido que acostarse sin cenar, porque no había de qué. Ha habido fuerza que, al llegar a un destacamento, marchó sin despesa, y allí estuvo día y medio sin tomar alimento alguno. Y de estos casos, muchísimos. El hambre va de posición a posición, de campamento a campamento.

En el Consejo que los miembros del Gobierno celebraron ayer, el ministro de Hacienda leyó un doctísimo trabajo, repletor de números y de demostraciones, según el cual se halla el Tesoro público en la prosperidad, en la opulencia. Por mucho que derrochemos y malgastemos, mucho nos queda siempre. Lo ha dicho el señor ministro de Hacienda, que es una gran autoridad en el asunto. Somos ricos, pues. Sin embargo, en tierra de moros, el pobre D. Quijote, lleno de corazón, pero sin la reparadora alforja de Sancho, tiene que pelear con el estómago vacío.

(De la Correspondencia Militar).

De Sociedad

Nuestro querido amigo y contertulio D. Francisco Muñoz Delgado, ha ascendido al empleo de contador de Navío.

Reciba nuestra enhorabuena.

Acompañado de su familia ha salido para Cádiz nuestro querido amigo el Capitán de Infantería de Marina D. José Gean y Morilla.

Los socios del Real Club de Regatas de esta ciudad inagurarán mañana la serie de excursiones marítimas que tiene acordadas.

La mañana es el sitio denominado Calnegre en Escombreras, a donde se dirigirán todas las embarcaciones de dicho Club.

Les deseamos un feliz viaje.

Boletín del Explorador

El Domingo día 6 se encontrarán los Exploradores frente a la Sociedad Económica a las seis y media de su mañana para emprender la marcha en la forma siguiente:

El primero y segundo grupo establecerán el campamento en la posesión «Lo Tréviño».

El tercero, cuarto y quinto lo establecerán en la finca «Torre Perete» (diputación de Sta. Ana.)

El sexto grupo esperará en Los Barreros, el paso de los grupos tercero, cuarto y quinto para unirse con ellos y marchar al sitio indicado.

Para el regreso todos los grupos se reunirán en Los Barreros a las siete de la tarde entrando en Cartagena reunidos y rompiendo filas en el sitio de partida.

Cartagena 5 de Julio de 1913. P. O. del Comité, el Secretario, Antonio Trucharte.

¡MI SARGENTO!

Una madre española, gaditana,
cañada de sufrir y de esperar,
se dijo con placer: *Me voy mañana.*
Yo no quiero morir de pesar.
Y á Ceuta fué ansiosa, delirante,
movida por su inmenso y santo amor.
¡El maternal cariño es un constante
sacrificio, un poema de dolor!
De la nave escapóse desolada,
voló llorosa, trémula, al cuartel.
¡Pobre madre, infeliz, desamparada!
Nadie quiere decir donde está él.
Con angustia suprema, sobrehumana,
y al ver la muerte sonreír cercana,
la sospecha le hirió, dura, fatal.
«Decidme donde está mi hijo querido.
Decidme si no existe, por favor.
Tened piedad de mí, si lo he perdido.
Para morir por él, tengo aún valor.»
Y una risa leroz, desgarradora,
estridente, cual bético clarín,
agitó aquella boca retadora,
y extinguióse en un lúgubre mohín.
Y entre dientes exclama: *Mi sargento
era guapo y gallardo mocetón,
era la honra, la prez del Regimiento,
¡ay! cuán grande tenía el corazón!*
Va por calles y plazas, fiera, loca,
se arrodilla, pregunta: *¿Dónde está?*
palpa las sombras, cree que lo toca,
y lo vé siempre lejos, más allá.

X. Y. Z.

Impresiones

¡ASÍ ES EL ALMA ESPAÑOLA!

Lector: el cronista ha sentido ayer tarde, en su periódico deambular por el muelle, honda y triste emoción de ánimo, observando la psicología del alma española: unos hijos de la Patria que parten a incorporarse a sus regimientos, para quizás, muy pronto, si las exigencias de la guerra así lo demandan, batir al enemigo moro, regando con su generosa sangre las áridas extensiones del campo africano, y que lejos de pensar en la suerte que el Destino les deparará y en el desconsuelo en que quedarán sus queridos seres, cantan y bailan al rasgueo de una guitarra sobre la cubierta del vapor...

Su probable acción en la campaña guerrera que libramos en el Rif, no los apenan ni los afligen. No piensan que acaso sus preciadas vidas quede en medio de los zarzales africanos. Ningún augurio triste torturó sus mentes. Solo piensan como patriotas valientes, en la defensa del pabellón que los cobija, sintiendo la nostalgia del triunfo futuro...

Estos valientes por cuyas venas aún corre sangre guerrera: de la que legaron los gloriosos batalladores que nos antecedieron, al son de unas palmas y un rasgar de guitarra, hacen sentir en el alma española, en circunstancias tan anormales como la presente, tan intensa sensación de ánimo que contrasta grandemente el sentimiento que la vive...

La muchedumbre que impresionada observa el festejo de esta po-

blación flotante, al oír el pitazo ronco que ha lanzado el monstruo de la náutica indicando su partida, estrujase hasta el repleto hacia la orilla del muelle, ávida de sentir nuevas emociones y ansiosa de darle a Dios!—si el postrer saludo de despedida a este puñado de hombres, cuya misión es la de sostener incólume la integridad del emblema sacrosanto de su amada Patria.

Ha zarpado del puerto el «Caballón». A su bordo van unos soldados que lejos de ir tristes ante la silueta trágica de la guerra que retratará el pensamiento en sus cerebros, van alegres y regocijantes, pensando en la victoria futura que les espera.

¡Así es el alma española!

Calixto Hugues.

Julio y 913.

CUENTO DBL SÁBADO

«Zurrón»

I

Era pequeño y rechoncho, cuadrado de hombros y redondo de cara, con una expresión de maldad que aumentaba el brillo de sus ojos azules, pequeños y vivos. A pesar de ser joven—unos veintiocho años—andaba encorvado y vacilante, cayendo al suelo al menor tropiezo ó empujón y produciendo en la tierra su cuerpo hinchado y palpitante el mismo ruido que el de los pellejos de vino cuando ruedan repletos.

No tenía nombre, á todos lo ig-

noraban en Casiersa: «Zurrón» le llamaban, y por «Zurrón» le conocía todo el partido Mendigo trasahamante, nadie se había ocupado de su origen ni se sabía de él otra historia que la que alguna vieja contaba á los rapaces cuando éstos perseguían al borracho.

—¡Duro con él, hijos míos, duro con él, que es el judío «rante»! ¿Vosotros no sabís quien es «Zurrón»? Pues sí, pequeños, «Zurrón» es judío, bien me lo sé, aunque él haga todos esos aspavientos por los santos.

Nadie sabía más. «Zurrón» era en Casiersa uno de esos pobres seres sin familia, sin hogar, sin amor, de esa raza triste del desamparo, en la que los seres parecen darse espontáneos, á juzgar por su nacimiento casi siempre anónimo y que viven solos, como las flores del camino.

La gente del lugar sabía su pasión por los santos, y se complacía en hacer burla de su fe.

—«Zurrón», ¡voto á tall!

Y el vagabundo elevaba los brazos al cielo, ponía los ojos en blanco y caía de rodillas murmurando ridículas oraciones de su invención, que hacían reír estrepitosamente á todo el mundo. Y él, sabiendo esto, se esforzaba por intercalar en ellas palabras incoherentes y párrafos incomprendibles, con lo que lograba casi siempre que la burla de los otros terminase en la ternura.

Casiersa entera celebraba sus chistes.

Había veces en que sus oyantes celebraban estrepitosamente sus palabras, aun sin comprender lo que decía; otras, se reían sus frases, que no encerraban ni gracia ni asomo de ingenio, y otras, por último, hasta sus blasfemias ó sus juramentos, cuando el hambre ó la sed le aguijaban su inteligencia. Era una costumbre reírse con él de «Zurrón» y comentar sus actos todos, aunque fuesen idioteces. En boca del vagabundo, nada provocaba ni lástima ni caridad. Se reían de él por costumbre, á tal punto que á veces, muerto de hambre, abría la boca para implorar una limosna y el transeunte rompía en una carcajada, alejándose de él, mientras iba diciendo en voz alta: —¡Pero qué gracioso es este «Zurrón»!

II

Un día, «Zurrón», después de estar ausente cerca de un mes por las ferias cercanas, trajo una novedad al pueblo. Un burgués, compadecido de su situación, le había dado unas cuantas pesetas y el vagabundo puso con ellas un tenderete. Compró cuatro sacos y los llenó de nueces y avellanas. Las carcajadas de sus convecinos se debieron oír seguramente en el quinto cielo, pues todos encontraron graciosísima la idea del vagabundo. Alguien le facilitó un inmenso cajón de madera, y en él «Zurrón», loco de alegría, estableció su tienda, que amplió entonces expendiendo en ellas comestibles.

El pueblo en masa acudía al cajón del vagabundo. Encontraban graciosísimo ver á «Zurrón» pesar la harina ó medir el petróleo, y les divertía sobremanera la charla del pobrete, que ahora más que nunca se esforzaba en hacerse agradable á los ojos de sus parroquianos.

A los dos años, el cajón del vagabundo se convertía en una de las